

La empresarialización de la vida y la crisis de lo social¹

LUIS ENRIQUE ALONSO Y CARLOS JESÚS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

«La preponderancia de la economía sobre lo social no es, para nada, la consecuencia ineluctable del progreso de la ciencia y la tecnología; es una elección política de sociedad que podría ser otra».²

DANIEL MOTHÉ

Las grandes burocracias económicas y las regulaciones corporatistas que se desplegaron a partir de la salida de la Segunda Guerra Mundial –después de un largo ciclo de conflictos históricos generalizados– constituyeron el fundamento social para el capitalismo histórico, asentándolo sobre los principios de la racionalidad legal (Max Weber) y la solidaridad orgánica (Émile Durkheim). Las profecías de los grandes teóricos de la modernidad industrialista se terminaban cumpliendo, con todas las salvedades, imperfecciones y desigualdades que se quieran, pero marcando la tendencia de la constitución de una norma social de uso regulado del trabajo. El Estado –sancionando jurídicamente los mecanismos de institucionalización del conflicto, evitando el subconsumo social y garantizando la realización de programas de inversión en infraestructuras públicas, servicios colectivos o empresas estratégicas– aparecía como el agente clave en la fundamentación de este capitalismo organizado, a partir de los principios de un comportamiento administrativo regulador que se desplegaba desde los territorios nacionales.

Sobre un conjunto limitado de metáforas organizativas principales, derivadas primero de imágenes mecánicas y más tarde de representaciones sistémicas e incluso cibernéticas, se fueron superponiendo luego los diferentes ajustes para el gobierno de organizaciones eficaces: ajustes que, sobre la primera y central matriz

¹ Este artículo se ha escrito en el conjunto de trabajos derivados del proyecto de investigación PID2022-142782NB-I00 del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades: es una síntesis original y desarrollo de nuestros libros *Los discursos del presente*, Madrid, Siglo XXI, 2013; *Poder y sacrificio*, Madrid, Siglo XXI, 2018, y *Capitalismo y personalidad*, Madrid, Libros de la Catarata, 2024, donde se pueden encontrar los argumentos centrales de este trabajo ampliados, complementados y documentados.

² Daniel Mothé, *L'utopie du temps libre*, París, Esprit, 1997, p.40.

burocrática, sistemática y funcional, iban incluyendo sus disfunciones como aspectos no previstos, desplazamientos de fines o inflexibilidades normativas. Las aperturas así a las relaciones humanas, los grupos en las organizaciones, los grados de visibilidad de la norma, las contingencias de los contextos o los factores culturales y simbólicos no hacían más que reforzar la idea principal de la racionalidad normativa de la modernidad, y la posibilidad de ir integrando lo jurídico, lo tecnológico y lo humano en un orden organizacional negociado –o, si se prefiere, en una *disciplina contractual*– cristalizada, fundamentalmente, en grandes corporaciones públicas y privadas muy centralistas y centralizadas.

Esta “sociedad organizacional” del bienestar se constituía como un modelo de dinámica centripeta –mesocrático e integrador en el discurso del crecimiento permanente y del optimismo de la función social de la empresa–, que garantizaba la formación de identidades estables en grandes espacios colectivos a partir de una solidaridad –pasiva– tutelada por la idea de un Estado intervencionista moderadamente redistributivo. La nueva situación que creaba esta sociedad del bienestar era la absoluta separación ideológica entre el mundo del trabajo, considerado como una norma de empleo, y el mundo de la inestabilidad, la marginación y la pobreza; mundos que habían permanecido indisolublemente unidos en el capitalismo “*prewelfarista*” y socialmente explosivo del siglo XIX. El mundo de la vida social se incrustaba en el entramado organizacional del capitalismo corporatista de representación de grupos de interés mediados por el Estado, siendo los sindicatos las figuras más representativas de una ciudadanía laboral –trabajadores normalizados por la relación salarial fordista– que cerraba de forma parcial, pero significativa, el horizonte de la inseguridad como condición estructural asociada a la vida cotidiana laboral, en un marco de cierta colectivización y socialización de los riesgos.

El asalto a la razón burocrática (y keynesiana)

La base material de esta forma de capitalismo organizado se ha ido fragmentando progresivamente, con el paso de un fordismo rutinario –basado en grandes mercados nacionales de masas y en la utilización de grandes cantidades de trabajo homogeneizadas por el principio mecánico de la gran corporación industrial– a un modo de regulación postfordista, donde se ha producido una reestructuración fabril muy fuerte y en el que las líneas de coherencia productiva pasan a situarse a nivel

internacional. Hemos asistido, así, a una importante desindustrialización de zonas tradicionales de la sociedad moderna, al mismo tiempo que han estallado los grandes talleres clásicos de las empresas fabriles de gran escala, mundializados al transvasarse gran parte de la producción industrial clásica hacia secciones históricamente semiperiféricas de la economía mundo, robotizadas ahora gran parte de sus tareas mecánicas de matriz taylorista y diseminadas sus estructuras administrativas en redes hegemonizadas por compañías tecnológicas que impulsan una permanente reestructuración productiva. La informatización total ha tomado el mando, y la economía de los servicios y las rentas tecnológicas se vienen haciendo hegemónicas hasta lograr su máximo esplendor en la llamada economía de plataformas.

En suma, se han flexibilizado los modelos organizativos, buscando adaptarse a unos mercados cada vez más imprevisibles y turbulentos, sometidos a las fuertes ondas de choque de la innovación tecnológica. Del capitalismo ordenado nacionalmente –a partir de Estados que regulaban las reglas de juego del desarrollo de los mercados nacionales de masas y el comercio internacional– hemos pasado a un capitalismo globalizado, fuertemente desregulado donde los mercados se han fragmentado y desestructurado, y donde las reglas del juego las ponen las nuevas *empresas-red* de características transnacionales, las cuales se incrustan en el territorio sobrepasando la clásica idea del Estado-nación y estableciendo nuevas características de vinculación de lo local con lo global. El nacionalismo político y sus llamadas a la defensa tradicional de los mercados internos de los grupos abiertamente ultraconservadores tienen un carácter más propagandístico que real, pues la hegemonía de las grandes empresas tecnológicas en nada queda mermada por las estrategias de crear una nueva derecha ultraconservadora y posliberal: al contrario, pueden generar alianzas ventajosas para ambas partes.

El concepto de *responsabilidad social de la empresa* ha sido radicalmente manipulado (hasta difuminarlo totalmente) en esta transición de modelos de regulación, y el sistema de producción flexible y de distribución en plataforma ha modificado fundamentalmente lo que podríamos conceptualizar como el sustrato material de la ciudadanía, al menos en lo que conecta derechos laborales con derechos políticos generales. Este proceso está directamente asociado a la desestructuración de los sujetos básicos que impulsaron la ciudadanía social: el trabajador homogéneo de cuello azul que impulsó el reconocimiento del oficio industrial como elemento básico en la distribución de los frutos del crecimiento económico, por un

lado, y las nuevas clases medias funcionales basadas en la expansión de las burocracias, la distribución y el comercio en la era del capitalismo de los mercados de masas y el Estado del bienestar, por otro. La transición en los países con un capitalismo maduro de una sociedad industrial nacional a una sociedad de los servicios cada vez más *sucursalizada*, ha puesto en primera línea de argumentación (y formando el núcleo del discurso de la *empresarialización* total del gerencialismo actual) la consecuente y necesaria sustitución de las grandes organizaciones burocráticas por *empresas-red*, totalmente dependientes de los mercados financieros internacionales y de los buscadores de rentas tecnológicas. Este cambio ha generado progresivamente nuevos marcos de relaciones sociales cada vez más individualizados, acompañados de la multiplicación de los sujetos frágiles y vulnerables, el vaciamiento de los derechos colectivos y laborales, y aumentos indiscutibles de la desigualdad social.

El paradigma de los “fallos del mercado” y de la racionalidad del comportamiento administrativo (como mano visible), que había sido central en el período keynesiano, ha sido sustituido, dentro de las convenciones organizacionales dominantes, por el del “castigo del mercado”: es decir, se considera que todo aquello que no se adapte a los designios del mercado y la competencia tecnológica es inútil

La construcción individualista, precarizada y darwinista del mundo de la empresa abre la puerta a un tipo de neoliberalismo autoritario que amenaza a las democracias

para la sociedad económica y, por lo tanto, tiene alta probabilidad de ser marginado. De esta manera, uno de los conceptos fundamentales de lo que había sido la democracia occidental desde la Segunda Guerra Mundial, esto es, la idea de que había una serie de derechos sociales asociados al propio concepto de trabajo y producción, se ha ido diluyendo en estos momentos, arrinconada por la idea de competitividad total, la carrera tecnoló-

gica (presentada de manera positiva por su misma naturaleza) y la relegitimación de los grandes discursos personalistas del héroe de empresa, ahora asociado a mega fortunas obtenidas de la innovación tecnológica (Musk, Bezos, Zuckerberg y tantos otros). Los derechos sociales se presentan en el discurso empresarial dominante de manera latente o manifiesta como enemigos de la competitividad y el éxito empresarial y se asocian a las decadentes burocracias (públicas y empresariales) enemigas de la generación de riquezas. Todo aquello que no ponga en primer lugar la función de beneficios (privados y estrictamente económicos) es sacado de cualquier proyecto realizable de futuro social. En este sentido se puede

decir que el proceso de reconstrucción de los discursos gerenciales y las formas empresariales nos conecta con un proceso más profundo de cambio en los sistemas de gobierno, de solidaridad y participación en las sociedades occidentales. La construcción cada vez más individualista, precarizada y darwinista del mundo de la empresa abre las puertas al asentamiento de un tipo de neoliberalismo autoritario que coquetea con formas de prefascismo o postfascismo de carácter muy diverso y difuso, pero que amenaza ya sin complejo a las democracias occidentales.

Este rearme de valores ha hecho que el *management* postmoderno aconseje insuflar viejas recetas darwinistas (o nuevas recetas neodarwinistas) en la educación y en los aparatos ideológicos de creación de la opinión pública, sustituyendo las instituciones representativas amplias por decisiones de los “expertos” o los técnicos en la toma de decisiones cruciales; se publicitan y blanquean así las *instituciones fuertes y tecnocráticas*, ahora capaces de prescribir el rumbo del desarrollo económico y social. La legitimación racional-legal de las instituciones es, por lo tanto, simplemente reemplazada por una omnipresente legitimación *tecnocrática* y *meritocrática*, difuminándose por ello la moralidad de los medios en la efectividad de los fines; o, si se quiere de otra forma, reemplazándose la normatividad de las leyes por la performatividad de los procedimientos.

El discurso del nuevo gerencialismo se ha construido siguiendo estas tendencias ideológicas, y si todo el pensamiento organizativo del ciclo de crecimiento keynesiano se hizo sobre la idea de la posibilidad de las grandes corporaciones de crear un equilibrio social compatible con el máximo beneficio privado, en estos últimos años la tendencia ha sido la de presentar un panorama de máxima racionalidad de un mercado (donde quien adquiere el máximo valor es el empresario) que, sin un mínimo control colectivo, debe penetrar hasta los actos más mínimos de las empresas y las personas. Si el modelo de la era fordista proclamaba una cierta democratización de la economía y la empresa, en el horizonte postfordista la prescripción gerencialista es que son las empresas y la mentalidad empresarial las que deben permear y adaptar, en su beneficio, a las democracias. Se llega incluso a proclamar como imprescindible para la eficiencia de la razón económica la adhesión absoluta y total al ideario de la supremacía de la libre competencia mercantil –con entusiasmo y genuina creencia– de cualquier persona que quiera prosperar (o simplemente sobrevivir), abandonando otras formas de vida en común.

Este camino se ha ido recorriendo, en el discurso gerencial, creando un marco de interpretación y diagnóstico prácticamente simétrico al que se había realizado en los años de la modernización corporatista de la salida de la segunda guerra mundial, de esta forma, ahora ya no se trata de la construcción racional –y parcialmente negociada– de grandes organizaciones eficaces y socialmente equilibradas, sino de competir en un entorno caótico e imprevisible, donde todo vale y no pueden

El tópico es presentar la imagen de la red informática como la metáfora positiva de la dinámica general de la empresa y la sociedad actual, y dejar para el Estado la imagen de una jerarquía burocratizada, ineficiente y retrógrada

existir ni reglas ni regulaciones que puedan impedir la máxima movilidad de recursos o la máxima posibilidad y rapidez de obtener posiciones rentables. La progresiva creación de grandes organizaciones jerarquizadas fue la estrategia de operación del capitalismo socialcristiano o socialdemócrata, siguiendo los principios weberianos de la materialización de una racionalidad formal y legal. Ahora es la apelación a la máxima flexibilidad, a las redes, a los algoritmos, a la descentralización, a la reingeniería de procesos, al rentismo

tecnológico o a la externalización de funciones, etc., la manera de presentar una gestión compatible con un *nuevo espíritu del capitalismo*, que se justifica en la imposibilidad de existencia de las regulaciones y garantías sociales, porque estas anulan la capacidad de competencia de las empresas y los territorios. Lo que a su vez supone, implícitamente, la aceptación como principio normativo universal de que solo lo que se adapta tecnológicamente al mercado, sobreviviendo en el desorden –y por tanto ayudando a que permanezca o se agrande ese desorden programado–, puede sostenerse con éxito. El propio discurso del *management* clásico (planificación empresarial, negociación, organización de empresas, etc.) queda aplastado por la idea de que solo los saberes tecnológicos (inteligencia artificial, algoritmos, *big data*, etc.) son relevantes para el desarrollo eficaz del mundo de la empresa y por ende de la vida misma.

Este marco cognitivo acaba presentando la estructura en red como la única posible, haciendo aparecer cualquier burocracia formal como la más fiera enemiga de la empresa y el proyecto neoliberal. El tópico es así presentar la imagen de la red informática y sus diferentes desarrollos como la metáfora principal positiva y generativa de la dinámica general de la empresa y la sociedad actual (conocimiento, flexibilidad, creación, dispersión, etc.), y dejar para el Estado la imagen de una jerarquía burocratizada e intervencionista, ineficiente y retrógrada donde resisten

los viejos agentes sociales (sindicatos, políticos tradicionales, viejas profesiones instaladas, etc.) y los discursos garantistas o parcialmente igualitaristas (y, por principio, ineficientes). El poder de la “nueva empresa” y la “nueva economía” queda así plasmado en la hegemonía de estas estructuras en red y en el constante reclamo a la sociedad tecnológica, tratando de hacer desaparecer, tras el brillo impostado de un personalismo meritocrático o del carisma de los nuevos millonarios de la digitalización, las bases históricas materiales de la ganancia y los conflictos por la distribución típicos del capitalismo. Conflictos que el ciclo político keynesiano trató de regular, pero que los actuales discursos de la organización posmoderna, en complicidad con el neoliberalismo autoritario, intentan hacer desaparecer entre las “leyes absolutas” de la tecnología, la competencia, el caos y el individuo.

Al hacer pasar así todo discurso de la economía y la sociedad por el avance de la tecnología informática, se consuman los juegos del lenguaje más habituales de la argumentación gerencialista. Esto es, se defiende un *determinismo* radical, donde la tecnología avanza sin freno por encima de los poderes y los grupos sociales, de tal manera que quien se atreva a criticar su desarrollo se posiciona, de facto y estúpidamente, contra algo imparable y que coincide con el progreso. Este discurso del determinismo tecnológico se caracteriza por su *esencialismo*, lo que significa que lo que es bueno para una parte de la sociedad, es bueno para toda la sociedad, de tal manera que lo que, por ejemplo, lo que beneficia a los grandes grupos financieros o industriales, o a los grandes millonarios de las plataformas o de otros espacios (hasta el fútbol) es bueno para los territorios, grupos o sujetos más vulnerables. Y por supuesto, este discurso está marcado por el *reduccionismo*, esto es, no más hay alternativas tecnológicas o sociales que las que dictan los procesos más capitalizados de innovación, lo que es otra forma de enunciar la tesis conservadora –hoy ya neoconservadora– del fin de las ideologías y la sustitución de las alternativas sociales por simples problemas de gestión, eficiencia y rentabilidad ahora en manos de emprendedores tecnológicos que juegan en una economía de casino. Discurso, en su conjunto, que en última instancia acaba sustituyendo la sociedad por la tecnología, y en su siguiente lectura, la sociedad por la economía (de mercado, por supuesto) y amenazando, implícita o explícitamente, a todos aquellos que no hagan este desplazamiento.

Si el contexto corporatista reclamaba a los actores colectivos, al acuerdo y a la racionalidad legal como elementos de gestión a todos los niveles, la presentación

de un horizonte de caos e imprevisibilidad radical lleva hasta sus últimas consecuencias, en el panorama del discurso gerencial –siempre muy propenso, por cierto, a adoptar este tipo de presentaciones en la vida cotidiana– al superhombre conocedor y formador de las tendencias, *al gurú* que es capaz de divisar, en solitario, lo que los grupos sociales son incapaces de prever. Con esta “filosofía” del gurú gerencial o tecnológico se anula, implícitamente, la racionalidad colectiva de las decisiones conjuntas tomadas por acuerdo de los actores sociales, para volver a un discurso y una dominación *carismática* –también en el sentido weberiano del término–, donde son personajes con habilidades especiales, pero sobre todo de éxito en los medios de comunicación, los que dictan lo que puede ser y no puede ser en el futuro de la economía y la tecnología. El discurso del desorden y del caos creativo de los mercados se complementa, de manera dual y simétrica, con el de la eficacia y *la excelencia*, resultado solo alcanzable si se atiende a los consejos de los gurús del *management* que presentan fórmulas, casi mágicas, para ser más competitivos en ese entramado de batallas en que se ha convertido el orden empresarial, tal y como lo reflejan sus legitimadores. En este contexto, el cambio ya no se considera un proceso colectivo de búsqueda de opciones generales de lo social, sino un proceso de adaptación, mejora y “autoayuda” individual para soportar la transformación permanente de las condiciones de y en la empresa. Condiciones dictadas por una amplia gama de multimillonarios tecnológicos y diversos niveles de gurús, expertos, auditores, consultores y auditores, que pueden prescribir, desde su estatuto especialmente bien remunerado y blindado, cuáles tienen que ser las condiciones de competencia y dependencia de los colectivos laborales más indefensos.

La pirámide –y la revolución– *managerial* era presentada, en los años cincuenta del siglo pasado, en sus versiones clásicas de la tecnoestructura y *el hombre organización* como una legión de anónimos hombres incrustados en las organizaciones, que dominaban las normas y condicionaban el mercado a su favor, pero con poderes limitados que compensaban sus actuaciones. De esa manera, la sociedad civil liberal se acababa conformando y desarrollando como una sociedad organizacional, que superaba las contradicciones del capitalismo y la propiedad privada creando una sociedad poscapitalista. Sin embargo, el pensamiento gerencial contemporáneo presenta constantemente una imagen individualista y personalista: un reencantamiento de la figura del emprendedor, el técnico o el consultor, que utilizan su capital humano –personal e intransferible– para potenciar, y potenciarse, en el mercado, y que antes que ajustarse a las normas, las dinamita.

El cambio de siglo ha supuesto el renacer del capitalismo del pionero, de los señores del mercado y los *robber barons*, esta vez postindustriales y trasladados ahora al negocio informático, a la intermediación financiera y al universo de los negocios de internet. Todo ello indica una especie de vuelta atrás en los sistemas de legitimación del capitalismo, que a la vez que vuelve a alabar el coraje de los grandes hombres de la era virtual, permite también la individualización y desinstitucionalización sistemática de la sociedad. De esta forma, el abuso del discurso del emprendedor –y el de la formación– en el marco de una sociedad presentada homogéneamente como “del conocimiento”, tiene como resultado en la vida cotidiana de las personas una exigencia de una oportuna *empleabilidad*, *empresarialidad* y *adaptabilidad*, exigiendo además una disponibilidad permanente para el cambio de empleo continuo (y con condiciones de trabajo cada vez más inestables y menos regladas). Desde los poderes, se pedirá a los individuos un esfuerzo de formación, reciclaje y prácticas a cuenta del buscador de empleo, y se les anima a luchar contra la dificultad de encontrar empleo, creando empresas propias o autoempleándose, porque frente a la idea de que todo mundo es trabajador en potencia (típica de la era socialdemócrata), el nuevo *management* ha impuesto la idea contraria: ahora todos tenemos capital (económico, social, humano, simbólico, relacional, etc.) y somos, por ello, empresarios en potencia: al menos, empresarios de nosotros mismos.

Consagrado ya, en este discurso por arriba, el poder de los nuevos “grandes pioneros” de la economía virtual, al resto solo le queda la salida individualista de la búsqueda de estrategias personales que rompan cualquier pretensión de ajuste colectivo. El reconocimiento, pues, de las categorías de los trabajadores en una organización pasa a realizarse no teniendo en cuenta los escalones colectivos normalizados y negociados de cualificación y remuneración, sino la evaluación de *competencias* absolutamente individualizadas y desformalizadas: las habilidades emocionales, las destrezas sociales y la motivación por el logro pasan a ser el centro en este esquema. Estando tales competencias atribuidas personalmente, queda abierta la puerta para que se construyan abanicos salariales individualizados y dependientes de la arbitrariedad y deseo de agraciarse del reconocedor de estos requerimientos tan variopintos y volátiles. Desinstitucionalizado, flexibilizado e individualizado el uso social del trabajo, la única manera de crear un espacio humano relativamente estable en torno a la empresa –al debilitarse las justificaciones racionales según valores– es apelar a relaciones de *confianza*, el viejo valor liberal del contrato individual y privado entre personas con una soberanía sin lími-

tes, sin referencias a negociación colectiva o a normativa laboral o garantía social de carácter generalista alguna. En este contexto, aparece el recurso a la adhesión *emocional* a la empresa (y en general al sistema) como una paradójica exigencia obligatoria, pero a la vez entusiástica, para aquellos individuos que pretendan permanecer con cierta estabilidad en la empresa, tratando con ello de neutralizar, a través de la creación de una subjetividad colaborativa, las tensiones y conflictos que surjan de un proceso de trabajo cada vez más endurecido.

Una vez atacado el carácter público de las regulaciones laborales (incluyendo los significados implícitos morales y políticos que estas regulaciones implicaban al asociarse, en tiempos anteriores, a la idea de justicia distributiva), el discurso del nuevo gerencialismo ha tendido a acudir a lo emocional, como única manera de

**Desinstitucionalizado,
flexibilizado e
individualizado el uso
social del trabajo, solo
queda el recurso a la
adhesión emocional a la
empresa (y en general al
sistema) como paradójica
exigencia obligatoria,
creando una subjetividad
neutralizadora de
tensiones y conflictos**

recubrir el vacío y la pérdida de sentido social que la organización económica postfordista. La acción social afectiva o emotiva se consideraba, en su presentación clásica weberiana, como un tipo de conducta con bajo significado social, imperfecta y de institucionalización inestable, típica de las sociedades premodernas, siendo la gran conquista de la modernidad, precisamente, la generalización de las acciones sociales racionales con respecto a fines y con respecto a valores. Ahora la gran conquista de la empresarialización de la vida posmoderna ha sido volver a recuperar, de la manera

lo más individualista posible, las categorías del poder carismático o tradicional (siempre autoritarias o preautoritarias), y trasladarlas desde el interior de la empresa a la generalidad de la sociedad, dando por muerta la moralidad derivada de la institucionalización racional del trabajo y las relaciones sociales en su conjunto.

Reconstruyendo el mito del eterno retorno al mercado natural: la empresarialización total

Las teorías del capitalismo organizado y corporatista de los treinta años gloriosos keynesianos daban por muerto al viejo liberalismo, sustituyéndolo por un gerencialismo despolitizado, en buena medida porque sus agentes sociales principales (que son los gestores y no los propietarios) habían obtenido una posición de pri-

vilegio manipulando los saberes gerenciales y las prácticas de empresa –la planificación indicativa, la reducción de la incertidumbre, la difuminación de los límites entre Estado y mercado– en beneficio de su máxima estabilidad y confort corporativo. Todo ello parecía indicar la realización misma del proyecto moderno y de la reforma social, con sus secuelas beneméritas del bienestar material y el consenso social. Se daba, por tanto, por superada la propiedad, y por ello se otorgaban a la teoría de sistemas y a los primeros usos de la cibernética el rango de herramientas cognitivas de un cálculo lineal y anticipatorio para integrar a lo social en las ecuaciones del crecimiento sin límites y del reparto de renta según sus orígenes funcionales. Para el gerencialismo de aquella época, la convergencia entre sistemas estaba anunciada y el industrialismo y el posindustrialismo acabarían por anunciar el fin de las ideologías, la hegemonía de la ingeniería económica y social, y la proclamación del conocimiento como base de planificación indicativa –una vez periclitada la propiedad y el accionariado– como elemento constructivo de una sociedad regulada y organizada que dejaba, dichosamente, atrás los conflictos insurreccionales y las injusticias radicales del pasado.

El conocimiento y la sociedad del conocimiento como conceptos nominales tuvieron el papel efectivo de construir los puentes que conectaron el discurso gerencial entre el fordismo y el postfordismo o, si se quiere, entre el keynesianismo regulador asociado a la gran corporación nacional e internacional y la economía-red, *ubertecnológica* y neoliberal. De esta forma, si en su primera singladura la idea de la sociedad del conocimiento anunciaba la realización de la reforma social –por introducir la responsabilidad de los efectos sociales de la empresa como parte de la gestión económica misma, superando las miserias capitalistas y estableciendo una especie de postcapitalismo social–, en su actual reencarnación sus usos discursivos se sitúan prácticamente en el polo contrario: esto es, el recurso a la sociedad del conocimiento sirve para desregular todas las garantías colectivas establecidas en el ciclo sociopolítico anterior, disolver el conocimiento social en competencias individuales y proclamar un indisimulado *darwinismo*, eso sí, ahora algorítmico y “digital”.

En el discurso del *management* postmoderno, el conocimiento ya no es un factor de previsión que socializa y colectiviza procesos buscando equilibrios, sino que ha emergido como el recurso de mayor importancia de las empresas en luchas competitivas del tipo “todos contra todos” por las rentas tecnológicas. Los modelos de gestión y gestación de conocimientos se convierten así, en este relato, en las

herramientas centrales para la búsqueda de ventajas competitivas básicas y sostenibles –a nivel tecnológico, organizativo y personal– dentro de un mercado que se considera omnímodo y omnipotente. En el diagnóstico moderno, la sociedad del conocimiento superaba, regulaba y dulcificaba al mercado, al considerarse más allá de una mercancía (creaba una racionalidad administrativa). En la narración posmoderna del neoliberalismo maduro y cuando menos preautoritario, el conocimiento venal –implícito o explícito, formal o informal, cuantitativo o cualitativo, empresarial o individual– es *la gran mercancía*, la meta mercancía que organiza de manera holográfica toda la sociedad –y toda la realidad misma– a su alrededor. El conocimiento como capacidad técnica, o como producto cognitivo diferencial y comercializable se convierte en el salvoconducto para la navegación empresarial –y, por extensión, personal– en un mundo pintado, primero, como proceloso, y luego como autoorganizado o, simplemente, como *libre*. El discurso *managerial* encuentra con ello uno de sus tópicos más espectaculares, así como de sus eufemismos más logrados, y este es el de la libertad como *caos creativo*. El orden, la previsión y la reducción de incertidumbre del pensamiento clásico se cambian por el hallazgo de la ventaja competitiva en la frontera, o el extremo del caos. Ahora, los procesos estratégicos de gestión realizados en esta frontera del caos pueden ser conceptualizados como rutas o vías para aminorar los aspectos rutinarios de la organización y para prosperar en la complejidad y la incertidumbre, generalmente añadiendo todavía más complejidad e incertidumbre en toda suerte de sistemas abiertos.

El equilibrio y la adaptación organizacional no se observan ya como un orden creado por los sujetos, sino como una “estabilidad algorítmica”, basada en los pro-

**Lo que debe adaptarse,
flexibilizarse, reciclarse y
contorsionarse
permanentemente son
“las personas” y sus
vaporosos talentos**

cesos y las fluctuaciones que surgen de las estrategias permanentes de ajuste e interconexión interna y externa. Ello deja sin misión a las normas, las instituciones o los acuerdos estructurales que imponen formas prefiguradas de comportamiento. En un (des)orden general, presentado como fluctuante y cambiante y cuya dinámica ge-

neral es imprevisible –y de esa imprevisibilidad surgen oportunidades infinitas de negocio–, cualquier compromiso, regla, salvaguarda, garantía o seguridad que impida la inmediata y flexible readaptación a las fuentes de rentabilidad (estén estas donde estén, sea en la misma línea de actividad u otra, sea en los mercados reales, en los tecnológicos y naturalmente, en los financieros) se acaba conside-

rando ahora por el sentido común económico dominante algo anticuado, empobrecedor y burocratizado. En este punto, el discurso se precipita por un curioso y paradójico personalismo. Desencadenada la tecnología y naturalizado el mercado, lo que debe adaptarse, flexibilizarse, reciclarse y contorsionarse permanentemente son “las personas” y sus vaporosos *talentos*, la redescubierta gran fuente de energía de la organización. Si los sistemas complejos no permiten la predicción, porque dependen de factores que no son estadísticamente significativos, hace falta que en la gestión posmoderna de recursos humanos se alíe el rigor a medio y largo plazo con la máxima disponibilidad a corto plazo. Esta disponibilidad toma forma de red y empresa flexible, y proclama la muerte definitiva de los conflictos colectivos redistributivos anunciando, por el contrario, la era del partenariado, de la adhesión al imaginario de la empresa, del logro de competencias y de una curiosa situación competitiva de todos contra todos, pero en la que milagrosamente también, según este discurso propagandístico ganan todos, porque solo hay que saber utilizar tu talento y vender bien tu marca personal.

En esta situación de caos creativo, el *management* postmoderno despliega –tomando como rehén a la tecnología y su pretendido poder absoluto de cambio, y sus exigencias de flexibilidad– una intensa cruzada contra cualquier sujeto colectivo en el ámbito de la decisión socioeconómica, y todavía más contra cualquier regla social de intervención que pueda impedir la fluidez del conocimiento innovador y la navegación por las aguas de la turbulencia económica (tecnológica y financiera). La negociación colectiva, los subsidios, la planificación indicativa, los derechos laborales y sociales, la seguridad en el empleo, la responsabilidad social de la empresa o cualquiera de las medidas del ciclo socialdemócrata, son decretadas como prácticas aberrantes y colectivistas, que con sus regulaciones y cautelas solo alejan a los posibles actores económicos (sean personas, organizaciones o empresas) de sus puntos de ajuste dinámico a los movimientos (y las exigencias) de “los mercados”. No por casualidad vemos incrementarse por doquier el subempleo, la vulnerabilidad, la precariedad y la exclusión social: detrás de la economía digital no solo hay ingenieros y tecnólogos, sino que hay muchos más repartidores, *riders*, almacenistas y una larga lista de subempleos del sector servicios que han resultado fundamentales para mantener la rentabilidad de los núcleos tecnológicos de las nuevas economías de las plataformas

El caos creativo se asocia ahora, casi naturalmente, con el retorno de los pensadores tradicionales del integrismo liberal que dormían políticamente el sueño de

los justos en la era keynesiana (Hayek, Friedman, Rand, Von Mises, etc.), aunque habían continuado teniendo una buena audiencia académica y empresarial. Asistimos a una especie de ceremonia generalizada de canto al individuo, a la información y al uso de metáforas cerebrales, neuronales, matemáticas y

**Asistimos a una ceremonia
de canto al individuo, a la
información y al uso de
metáforas sobre la
superioridad del mercado
frente a cualquier
regulación con
orientación pública**

autoorganizativas para referirse a la enorme superioridad del mercado individualista frente a cualquier sistema de regulación con alguna orientación pública. Metáforas importadas a las ciencias sociales desde la neurología, la termodinámica, la biología o la matemática (por sólo citar algunas) ahora se acaban fundiendo y convirtiendo, por una maniobra de asombrosa digestión intelectual, en el discurso del *management* pos-

tmoderno neoliberal, en el canto del más estricto liberalismo individualista y la economía desregulada que, por fin, ha abandonado cualquier “camino de servidumbre” colectivo. Dada la ausencia de cualquier referencia empírica relevante o estudio sistemático de los resultados sociales reales y contrastables –apenas alguna que otra ilustración o “caso” que serviría, realmente, para justificar cualquier afirmación– que puedan ser atribuidos con certeza a las políticas empresariales e industriales desplegadas según los criterios de la “libertad absoluta,” lo que observamos es que la supuesta eficacia y los no menos supuestos triunfos de esa gestión neoliberal postmoderna no son otra cosa que lo que se ha derivado de solicitar la adhesión pragmática a todos los poderes económicos de las élites financieras: un incremento monumental de los beneficios de los oligopolios tecnológicos y financieros y la acumulación de rentas y patrimonios en los detentadores del nuevo poder digital y sus asociados.

Se manifiesta así una paradoja flagrante, primero se hace un canto desde la política conservadora o desde los dueños de las empresas tecnológicas a la libertad como valor absoluto –incluso tratándose de presentar esto con tintes “libertarios”–, pero se practica luego, sin resquemor, políticas de recorte de lo público, limitación de la negociación colectiva, ataque a los más vulnerables, actuaciones inequívocamente xenofóbicas o aporofóbicas, o supresión de conquistas históricas de las mujeres o de los colectivos LGTBI. Por otra parte, en coherencia con esta estética de la libertad absoluta, y arrastrando generacionalmente los restos de algunos tópicos discursivos de la “era de la protesta”, se acepta todo comportamiento. Así, “todo vale” si es creativo, y esta creatividad puede ser la especulación financiera,

la codicia contable, la piratería informática o la inmensa profusión de formas estéticas comercialmente determinadas. La seducción del caos, el milagro de lo auto organizacional o la despreocupación del azar se nutren, fundamentalmente, del declive del pensamiento político en su sentido más profundo y general a la vez. Los hombres de la desorganización, en esta crisis de la sociedad anónima y de la organización científica, reciben “recetas locas” para “tiempos locos”, caracterizadas por un individualismo mal disimulado vestido de una retórica entre un espiritua-lismo *new age* y el belicismo extremo; de la corporación como gran casa protectora pasamos a la empresa como multidimensional campo de batalla.

La cuestión social se planteó, históricamente, como una programación política y ciudadana contra el riesgo, la incertidumbre y el miedo provocados por los rigores del mercado y la relación salarial: una cierta redistribución en las rentas privadas y públicas trataba de regular los efectos perversos de la radical desigualdad en la propiedad. El devastador discurso del *management* posmoderno, seguramente más por deformación que por aplicación y desarrollo auténtico de las teorías ori-ginales, anuncia la muerte de la cuestión social, de las regulaciones y las protec-ciones; su única alternativa es dejar fluir el mercado al azar e impulsar la competición tecnológica en ciclos cada vez más recurrentes de euforia y depre-sión, compuestos por voluntades elementales yuxtapuestas y oponiéndose fron-talmente, además, a cualquier intento de voluntad general democrática o proyecto de construcción de lo social, tildándolo de retardatario o totalitario. Parece que para este corto viaje intelectual no hacían falta tantas alforjas caóticas y posmo-dernas.

Los problemas de organización social en un mundo fragmentado

El lugar que los diferentes grupos laborales han tomado en la economía posfor-dista no ha sido, pues, casual o accidental, sino el producto de las lógicas de fle-xibilización de la relación salarial inscritas en el despliegue del nuevo modelo de organización del trabajo, y auspiciadas por las políticas de temporalización y des-regulación social de la contractualización laboral. En este sentido, se presenta una abierta contradicción entre los objetivos declarados de inserción de los grupos es-pecialmente débiles y vulnerables en el mercado de trabajo, buscando aumentar y reinstaurar “la cohesión social”, y el contenido estricto de las medidas de com-petitividad total –de todos contra todos– que se toman en el mercado de trabajo a

nivel cotidiano en el mundo empresarial real. El resultado de estas prácticas es el deterioro del lugar laboral de los grupos sociales con menor defensa institucional, que se han hundido en la desestabilización de las relaciones laborales, hasta hacer estallar el núcleo mismo del sistema salarial fordista y la corporación regulada, enmarcando el funcionamiento económico en nuevas formas de desigualdad social. Formas que, bajo el proteico concepto de flexibilidad y utilizando como coartada la necesidad tecnológica de la misma, han supuesto la ruptura de la lógica estructural que supuso la relación salarial como forma orgánica y ordenada de gestión y uso de la mano de obra.

En los discursos dominantes de la vida económica, la relación salarial se muestra como una variable necesariamente flexibilizada y desinstitucionalizada, dependiente solo de los procesos empresariales, tecnológicos y financieros; procesos que, al ser ahora presentados en su versión de máxima extensión internacional, aparecen de manera anónima y mundializada, tomando la forma de un mecanismo

En este discurso todo lo que no sea el propio mercado queda arrojado a las tinieblas exteriores; esto se manifiesta en metáforas fatalistas o incluso teológicas de la acción económica

incontrolable, sin sujetos, fines, poderes o responsables, sin ganadores o perdedores. Es la forma teológica de presentación del mercado como fin de la historia, las ideologías, los hombres, la verdad y prácticamente de todo (salvo del poder omnímodo de la técnica que cada vez amplía su magia legitimadora y nos va suministrando deidades frente a las que postrarse: internet, algoritmos, inteligencia artificial, plataformas, etc.). Por ello,

desde este discurso todo lo que no sea el propio mercado queda arrojado a las tinieblas exteriores; esto se manifiesta en nuevas metáforas fatalistas o meteorológicas —o incluso teológicas— de la acción económica mercantil, instaurando la imagen de una economía que se autorregula y en cuyas múltiples turbulencias y calmas se generan (en ciclos y circuitos presentados como absolutamente independientes de los poderes reales y prácticamente insondables para las personas comunes) empleos considerados como providenciales, esto es, llovidos del cielo o de la buena voluntad de los grandes señores de las tecnologías. Queda en desuso, ya definitivamente, el argumento keynesiano central —y uno de los fundamentos de la legitimidad racional legal de las democracias modernas— de que el desempleo masivo es el principal azote del capitalismo y que la responsabilidad macroeconómica por el pleno empleo es la primera y más importante función activa y distributiva de los gobiernos.

El trabajo y la realidad salarial cada día parecen más limitados como elementos de generación de identidad homogénea y autónoma, puesto que el trabajo está desarticulado socialmente y presenta situaciones que hacen muy difícil la aparición de la solidaridad mecánica que surge por homogeneidad de horizontes vitales comunes. Es por esto que la defensa de lo público y de una *ciudadanía social* basada en derechos amplios de bienestar parece un elemento básico y sustancial en el reforzamiento de la solidaridad institucional general, superando la idea de una Unión Europea solo definida por el control monetario, lo económico (empresarial) y una ciudadanía europea paradójicamente basada en la circulación libre de capitales y mercancías por el mercado interno continental, pero poco interesada por las personas, sean de donde sean. Ello exige una nueva racionalización y refundación del Estado del bienestar: que sea más austero y menos megalómano, pero a la vez más atento a las demandas concretas, cercanas y reales; mucho más descentralizado y participativo, y con la tendencia a equilibrar los derechos sociales con las obligaciones económicas de los que son titulares de derechos de bienestar, lo que supondría una reconstrucción de la propia condición de ciudadanía. Las disfunciones burocráticas no son sólo un problema de las organizaciones estatales, sino de toda gran organización que se hace opaca, desmotivadora y poco o nada participativa. Su remedio no es, por lo tanto, solo la privatización, sino la introducción de mecanismos de comunicación, descentralización y relación entre los funcionarios y los usuarios; los incentivos de interés pueden ser una vía en la consecución de organizaciones más ágiles, pero también los incentivos comunitarios de identidad, solidaridad y ciudadanía política pueden ser definitivamente efectivos en ese fin. De nuevo aquí hay que salir de las aporías del pensamiento gerencial neoliberal, que hace del modelo conceptual de competencia mercantil el canon de todos los comportamientos humanos.

Un Estado del bienestar más participativo, y que no solo debe actuar en función de las necesidades de una nueva economía, también tiene que estar rediseñado en función de las necesidades de una nueva ciudadanía. Una ciudadanía que reconozca el derecho a la igualdad, y no solo la posibilidad de competitividad. Como decíamos antes, gran parte del discurso económico actual es un discurso centrado en que el Estado debe dejar de ser un Estado benefactor para convertirse en un Estado emprendedor; sin embargo, ese paso no puede materializarse sin dejar desprotegidos socialmente a importantes grupos de ciudadanos. Es imprescindible por tanto rearticular también nuestra visión activa hacia esas zonas de vulnerabilidad y exclusión social, integrarlas en la ciudadanía compleja que ha cristalizado

debido a la fragmentación social. Generar redes ciudadanas, y redes de territorios que no sean solamente las redes determinadas por el efecto mercantil (tecnológico y financiero) que se han constituido con el nuevo entramado empresarial neoliberal. Es necesario corregir socialmente (y colectivamente) los efectos agresivos del nuevo modelo de despliegue de la empresarialidad postfordista en el tiempo y en el espacio, haciendo que la potente descentralización productiva y financiera no acabe con sus prácticas de endurecimiento de la competencia con la idea de ciudadanía social misma y los derechos que le han sido consustanciales.

El cada vez más flexible mundo tecnológico permite superar la concepción rígida y tecnocrática del *one best way* típica del taylorismo, y realizar diseños de los instrumentos y herramientas de los procesos productivos. La posibilidad de generar diseños flexibles, *ad hoc*, modulares o incrustados en contextos y requerimientos personales, es un rasgo de adaptabilidad de los procesos productivos actuales que, al rebajar la rigidez organizativa sin por ello perder eficiencia económica, abren fronteras increíbles para la plena incorporación al trabajo de las personas. Sin embargo, han significado en el marco neoliberal casi siempre todo lo contrario: el incremento de la precarización, la inseguridad, a disponibilidad sin límites y la proliferación de los malos trabajos en el sentido más genérico que podemos emplear el concepto. El uso de cualquier tecnología no implica ni exige la pérdida de los marcos de seguridad colectiva en una lucha privativa por adquirir competencias excluyentes, creando subjetividades cada vez más aisladas y socialmente fragmentadas. Toda tecnología se genera y desarrolla en un proceso *sociotécnico* lo que implica que los impactos de la innovación son producto del sistema de relaciones políticas y sociales en las que se desenvuelve. Esto implica desechar la convención *managerial* cada vez más asentada en los tiempos neoliberales, que nos hace tomar al trabajo, cuando lo pensamos con respecto a la tecnología y el mercado, como una variable simplemente dependiente, considerándolo como algo inducido por los elementos tecnológicos y económicos y, por tanto, variable secundaria en la que sólo se puede pensar como resultado del desarrollo de la técnica, y nunca como punto de partida *institucional* de la planificación de tal desarrollo.

Esto exige introducir, en los planteamientos de la nueva gerencia, no solo el habitual recurso a la diferenciación, individualización y *darwinización* de los espacios empresariales (vestido de todos los ropajes postmodernos y caóticos que se quiera), sino el asentamiento de una nueva relación salarial que sea capaz de

configurar un nuevo paradigma institucional –que no solo mercantil– para la estructuración de una gestión regulada, dialogada y socialmente racionalizada de la utilización del trabajo. Solo mediante un modo de regulación y desarrollo socialmente protegido pueden armonizarse las relaciones entre la flexibilidad micro –tomada en un sentido técnico estricto– y el empleo global (cuantitativa y cualitativamente considerado), tomado como un compromiso político previo. En estos momentos, en los que las formas de organización del trabajo han roto las pautas tayloristas simples y la *tecnodiversidad* es un hecho cotidiano, resulta fundamental la inclusión de elementos normativos que desarrollen el apoyo de formas de vida no convencionales, dentro del conjunto de *sistemas y redes* cada vez más *descentralizados* y *multilocalizados* en los que se ha convertido la sociedad posindustrial, frente al gigantismo fabril o gestor del modelo anterior. Los planteamientos sobre las redes, de este modo, no solo servirían para representar situaciones tecnológicas o configuraciones empresariales, sino también para abrir la posibilidad de generar nuevas redes de bienestar y de seguridad descentralizada de la vida cotidiana.

El trabajo, concebido como razón social y política concreta, encarnado en grupos sociales reales, debe ocupar un lugar institucional principal en el conjunto de mecanismos de regulación y gobierno de las democracias actuales

Por ello, se puede decir que el trabajo, sin ningún tipo de esencialismo y concebido como razón social y política concreta, encarnado en grupos sociales reales –sin tomarlo ni como una abstracción historicista y profética, ni como un empleo que se reduce a mera magnitud económica individualizada–, debe ocupar un lugar institucional principal en el conjunto de mecanismos de regulación y gobierno de las democracias actuales. No decimos ni el único, ni el central (entre otras cosas porque ese hipotético centro es cada vez más difícil de encontrar); pero sí insistimos en su importancia y en la necesidad de su reconocimiento en la formación de identidades y en la adquisición de titularidades. Los discursos del fin o la superación del trabajo como titularidad colectiva –para ser sustituido por la excelencia empresarial, la activación, el emprendimiento o las competencias en todas sus acepciones– son, además de empíricamente insostenibles, políticamente arriesgados, porque tienden a consagrar la vida y las referencias sociales y personales de gran parte de los habitantes y las familias occidentales (y del resto del mundo) al perfecto e inconsciente desorden del mercado desregulado, el determinismo tecnológico, los dictados financieros y la flexibilidad total. Frente al impulso posmoderno

y neoliberal de solazarse, ya sea de manera apocalíptica, ya sea de manera integrada, en este marco caótico, parece más lógico a nivel político confiar en el imperfecto orden consensual derivado de los movimientos, grupos e instituciones sociales, entre los cuales el mundo de la empresa y el trabajo sigue siendo una dimensión fundamental. No hay buenas democracias con malos empleos.

Conclusión

En los últimos años, han sido justamente los elementos más individualistas los que se han potenciado en las sociedades occidentales, resquebrajándose la solidaridad institucional representada por el Estado benefactor, el cual hundía sus raíces en el trabajo estable, la seguridad laboral y social, las prestaciones universalizadas y las políticas fiscales progresivas. En este debilitamiento de la cara más progresiva de la modernidad hemos asistido a la deriva hacia la faceta menos presentable del pensamiento occidental, hasta generar un discurso que, en grandes aspectos, se puede caracterizar directamente como contra moderno o antimoderno. Los peligros contemporáneos de desintegración y fragmentación de las identidades sociales, así como de corrosión y disolución de los vínculos cooperativos, han sido la base para la aparición de prácticas políticas, líderes de opinión y movimientos indiscutiblemente antidemocráticos, iliberales, autoritarios y fuertemente reaccionarios, que han tenido una notable recepción social que, si no positiva, al menos, ha sido recibida con indiferencia por parte de amplios sectores de la ciudadanía lo que, cuanto menos, resulta descorazonador e inquietante, especialmente si queremos imaginar o proyectar un futuro que ya de por sí se presenta desafiante ante la amenaza del cambio climático y el colapso ecológico. El posmodernismo se ha tornado en una especie de época postdemocrática, en la que se respetan los elementos legitimadores de la dominación política, pero se ejerce el poder o se aspira a ejercerlo de una manera inequívocamente autoritaria. En este contexto parece imprescindible restaurar la solidaridad social y la seguridad pública como fundamento del ámbito de aplicación de las políticas democráticas. En este sentido, la importancia del estatuto del trabajo, las formas de gestión de la empresa y los estilos económicos de vida son determinantes para poder frenar el ocaso de las democracias y la seducción del totalitarismo.

En consonancia con ello, uno de los hechos más significativos asociado a los fenómenos de conservadurización y abierto autoritarismo que se ha venido produ-

ciendo con la alianza del neoliberalismo con formas fascistas o prefascistas de conducir la vida política de las naciones en pleno siglo XXI —algo que el antropólogo e historiador Karl Polanyi había diagnosticado hace más de ochenta años—, ha sido la irrupción de un populismo empresarial ultraconservador en la arena estrictamente política. Sus líderes pseudo carismáticos son una serie de empresarios —Berlusconi, Trump, Musk y muchos otros— que, formalmente, se presentan como regeneradores del panorama político, enfrentándose al decadente mundo del parlamentarismo profesional con el supuesto crédito de su rotundo éxito empresarial. Se trata de un populismo empresarial, perseguidor nominal de todo lo que considera las ineficiencias burocráticas provocadas por el desgobierno político. Dicho desgobierno estaría originado, según este neopopulismo de origen empresarial, por los intereses de los partidos convencionales o de los sindicatos, pasando por los funcionarios o los grupos profesionales que no juegan en la competencia mercantil y que quieren arrebatarle al pueblo sus recursos —vía impuestos— para vivir sin tener que afrontar los riesgos y adversidades que padece la gente común. En esta forma de populismo se exhibe el coraje o el talento emprendedor de un mitológico personaje, el hombre de negocios triunfador y hecho a sí mismo en el mundo de los negocios, que sabe sobrevivir en el mercado y utilizar sus reglas para conseguir sus espléndidos objetivos frente a adocenados burócratas, políticos parásitos o intelectuales subvencionados. Curiosamente, este populismo empresarial ha atraído y sigue atrayendo a enormes capas de la población en estos últimos años, en muchos casos con trayectorias de vida totalmente ajenas, cuando no antagónicas, a ese líder que ha forjado su carrera en el mundo de los negocios y no en la vida política. De este modo vemos a las clases populares defendiendo a las élites empresariales, apostando por fórmulas preautoritarias o directamente autoritarias, irónicamente derivadas del neoliberalismo económico, que incluso llegan a defender un nacionalismo económico y patriótico cuando sus formas de vida siguen siendo totalmente dependientes de mercados y suministros que tienen un carácter globalizado. Son aparentes paradojas que forman parte de la consolidación de este fenómeno de romper las bases sociales de la economía y la organización empresarial para defender los intereses de las élites tecnológicas, financieras y (por cooptación) políticas.

Todo esto nos revela que, detrás de las formas de la producción y distribución actuales, —con resultados, no demasiado esperanzadores, para el avance de la igualdad, la equidad y el reparto de los riesgos sociales—, se encuentran también las bases para el impulso directo a diversas formas de gobernanza política de carácter

autoritario. Las tecnologías (de fabricación y de gestión) no son ni naturales ni neutras, sino formas de organización diseñadas para maximizar los intereses de unos grupos sociales y minimizar los de otros grupos mucho más frágiles y vulnerables, lo que afecta directamente a los modos concretos de cómo se construye la democracia y la ciudadanía, el poder y las resistencias, la dominación y conflicto social. El estudio sobre los marcos políticos de la empresa contemporánea y sus consecuencias es, en este sentido, vital para el futuro de nuestras democracias.

Luis Enrique Alonso es catedrático de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid.

Carlos Jesús Fernández Rodríguez es profesor titular de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid

